

País de mentiras

Denise Dresser



México, país partido en un montón de pedazos, preguntándose qué es, de dónde viene, hacia dónde se dirige. País que alberga a quienes compran en *Saks Fifth Avenue* e ignora a quienes piden limosna en los camellones a unos metros de allí. País que entrega pizarrones electrónicos en escuelas situadas en pueblos donde no hay electricidad. País mutilado por una brecha entre lo que se dice y lo que es. Orgullosa de la modernidad que ha alcanzado pero impasible ante los millones que no la comparten. Paraje peleado con sí mismo, impulsado por los sueños del futuro y perseguido por los lastres del pasado. País de mentiras, como bien dice Sara Sefchovich en su libro más reciente.

Hoy a punto de ser celebrado con la rehabilitación de doscientas plazas y cien jardines. Con la instalación de doscientas placas conmemorativas por toda la República. Con la publicación de

biografías, historias regionales, diccionarios, almanaques, atlas, guías, antologías diversas, crónicas, y catálogos. Doscientos años de historia examinados, diseccionados, diseminados. Y habrá muchos que aplaudirán lo logrado en dos siglos: el aumento de la población, la urbanización, la erradicación de la viruela, el descenso del analfabetismo, la emisión de la moneda, el ingreso per cápita de casi ocho mil dólares. Logros sin duda, pero demasiado pequeños ante el tamaño de los retos que el país enfrenta. Democracia. Equidad. Buen gobierno. Justicia. La posibilidad de un México capaz de soñar en grande.

Ante esa mirada conmemorativa que se avecina, Sara Sefchovich reta a los mexicanos a evaluar a su país y a sí mismos con más honestidad. Sin las anteojeras de los mitos y los intereses y las platitudes que buscan minimizar los problemas. Que nos impiden enderezar lo que el PRI y el corporativismo y la corrupción enchuecaron. Que nos impide entender qué parte de México se ha modernizado pero a expensas de sus pobres. Que nos impide reconocer que la idea del gobierno como receptáculo del interés público es tan ajena como lo era en la época colonial.

Que las familias poderosas buscan proteger sus feudos tal y como lo han hecho desde la Independencia. Que la línea divisoria entre los bienes públicos y los intereses privados es tan borrosa como después de la Revolución. Que el ejido proveyó dignidad a los campesinos, pero no una ruta para que escaparan de la pobreza. Que el PRI creó instituciones pero también pervirtió sus objetivos. Que los políticos hábiles, fríos, camaleónicos cruzan de una pandilla a otra como lo han hecho durante décadas. Que la República

mafiosa continúa construyendo complicidades con licencias y contratos y concesiones y subsidios. Que la vasta mayoría de los mexicanos no puede influenciar el destino nacional, hoy como ayer. Que la falta de un gobierno competente está en el corazón de nuestra historia. Que México ha cambiado en doscientos años pero no lo suficiente. Que la mentira constituyó siempre la esencia de la vida política mexicana y hoy es indispensable para poder gobernar.

Y por ello, en México —el país de mentiras— estos días ya todo es normal. Rutinario. Parte del paisaje. La violencia cotidiana del narcotráfico y las muertes que produce. La impunidad rampante y el patrimonialismo que permite. Todos los días, a todas las horas, en todos los lugares: los ojos cerrados. Cerrados frente a miles de mujeres acechadas, hombres perseguidos, mexicanos maltratados. Mexicanos que se matan los unos a los otros, que se burlan los unos de los otros, que se engañan unos a otros, que se mienten unos a otros, que se discriminan entre sí. Pensando que eso es normal.

Millones de mexicanos forzados a vivir a la intemperie. Sin la protección de la ley. Sin el paraguas de la igualdad. Sin el cobertor de la ciudadanía. Sin el arropo de los derechos civiles. Hostigados por depredadores sexuales, mutilados por secuestradores, asaltados por hombres abusivos, asesinados por su género o su edad o su etnia. Millones de mujeres que viven la violencia y millones de indígenas que padecen la discriminación. Miles de homosexuales que enfrentan la homofobia y miles de discapacitados que sufren el rechazo. Cifra tras cifra, dato tras dato, expediente tras expediente: allí está la realidad de un país violento, de un país asustado, de un país intolerante. De un

país que dice verdades a medias, no llama a las cosas por su nombre, usa un doble discurso, no ve ni oye, echa la culpa a los otros, apuesta al olvido, se conforma con más de lo mismo.

Un país donde más de cuatro mil personas han muerto en el último año. Donde la violencia se ha adueñado de las calles y las conciencias. Donde las leyes son parte del problema y no su solución. Donde pararse en un alto después de la medianoche produce temor. Donde millones viven mirando de reojo, cuidándose las espaldas. Donde, según lo revela la Encuesta Nacional sobre la Discriminación, el 48.4 por ciento de la población no permitiría que en su casa vivieran homosexuales. Donde el 42.1 no permitiría que vivieran extranjeros. Donde el 38.3 por ciento rechaza a las personas con ideas diferentes a las suyas. Donde muchos mexicanos temen a los “otros” por su raza o su color de piel. Donde todo esto es percibido como normal.

La normalidad cotidiana de los asesinatos y los secuestros. La rutina recalcitrante de los cadáveres encontrados y los policías ajusticiados. La noción apoyada por uno de cada cinco mexicanos a quienes les parece “natural” que a las mujeres se les prohíban más cosas que a los hombres. La experiencia común de la violencia familiar. Los ojos cerrados frente a la pobreza desgarradora. El odio en las calles y en las casas. Los puños alzados, las pistolas desenfundadas, las miradas esquivas.

Pero esta realidad no agravia lo suficiente. No indigna lo suficiente. No produce los cambios necesarios y las reformas imprescindibles. Porque México vive la anormalidad como algo normal. Porque las mayorías complacientes ignoran a las minorías marginadas. Porque la peor violencia la padecen los pobres. Porque las mujeres son vistas como ciudadanas de segunda categoría. Porque México se cubre los ojos con la máscara de los mitos. Esas mentiras fundacionales; esos mitos definitorios. La mentira del país mestizo, incluyente, tolerante. La mentira del país que es clasista mas no racista. La mentira del país con instituciones sólidas que vigilan el interés público.

Esas ficciones indispensables, esas ideas aceptadas: el mestizaje civilizador, la violencia redentora, el indio noble, la mujer como Madre Patria, la revolución institucionalizada, el pasado glorioso.

Esas medias verdades que son como bálsamo, como ungüento. Que permiten la realidad aceptable. La realidad “normal”. La realidad de un país que no quiere confrontarla. Que se precia de sus buenos modales y su gentileza. Donde nadie nunca dice “no”. Donde todos se besan en la mejilla y se apuñalan en la espalda. Donde nadie nunca se declara homofóbico o racista o machista o en favor de la violencia. Donde muchos por acción u omisión lo son y lo están.

Donde demasiados ven y aceptan el país como premio que se reparte a pedazos entre los ganadores. La política como práctica para la extracción permanente. El gobierno como distribución del botín. Y el resultado de esta mexicanísima forma de asegurar la gobernabilidad y, a la vez, garantizar los negocios. Bienes públicos que acaban en manos privadas; recursos compartidos que terminan privatizados; un sistema de representación política que perpetúa clientelas en vez de construir ciudadanos. Ayer con el reparto de tierras, hoy con la entrega de Hummers; ayer con la entrega de plazas, hoy con la férrea defensa de esa tradición; ayer con la entrega de concesiones, hoy con su renovación discrecional; ayer con la firma de contratos que benefician a las familias de servidores públicos, hoy con el argumento de que eso es “legal”.

No importa el partido, no importa la afiliación política, no importa la afinidad ideológica. Quien llega al poder en México —ya sea del PAN, del PRI, del PRD, del Partido Verde, del Partido Socialdemócrata, de Panal— piensa de la misma manera: cómo, cuándo y para quién obtener algo. Para sí mismo o para su familia. Para su camarilla o para quienes dependen de ella. Para su partido y los votos que necesita comprar. Y por ello, con demasiada frecuencia, los puestos públicos se vuelven lugares desde donde obtener contratos, conseguir vales, tramitar exenciones, eludir impuestos, exigir bonos, emplear amigos, promover a familiares, pagar comidas, obsequiar autos. Las cincuenta y

nueve Hummers que acaba de regalar/“rifar” Elba Esther Gordillo son tan sólo un botón de muestra, un recordatorio de prácticas criticables pero cotidianas, condenables pero arraigadas, execrables pero extendidas.

Hay pocos puestos mejores sobre el planeta que el de un político mexicano. Un político mexicano no tiene que trabajar para cobrar su sueldo ni tiene que rendir cuentas para conservarlo. No tiene que explicar el sentido de su voto en el Congreso ni tiene que estar presente para otorgarlo. No tiene que responder a las necesidades del electorado ni establecer una relación con él.

Puede ser abogado privado y político, boxeador y político, *playboy* y político, personaje de *Big Brother* y político, incompetente y político. Puede presentarse en su oficina o no. Puede promover el estado de Derecho o no. Puede presentarse en el pleno del Congreso o no. Puede representar a aquéllos que lo eligieron o no. Puede cumplir con el trabajo para el cual supuestamente fue designado o no. Cobrará su cheque mensual de cualquier manera. Cobrará su bono anual de cualquier modo. Saltará a otro puesto al final de su periodo, independientemente de lo que haga o deshaga.

Porque la política en México —explica Sara Sefchovich, con ejemplo tras ejemplo— no fue creada para servir a la ciudadanía, aunque se nos asegure lo contrario. Fue creada para preservar las parcelas de poder de las élites. Fue institucionalizada para permitir la rotación de camarillas. Fue erigida para recompensar la lealtad. Fue concebida para proteger a los dueños y a los productores a costa de los consumidores. Fue construida para empoderar a los de arriba y mantener callados a los de abajo. Y poco a poco se convirtió en una cleptocracia rotativa que la democracia electoral ha hecho poco para dismantelar. De allí su disfuncionalidad. De allí su rapacidad. De allí su opacidad. De allí su discrecionalidad. De allí que hoy la clase política se comporte como se comporta. No sabe ni necesita hacerlo de otra manera. No paga un precio por ignorar a la ciudadanía de cuyo bolsillo vive.

Los políticos de cualquier estirpe se com-

por así porque no hay nada ni nadie que los detenga, que los cuestione, que los pare, que los sancione, que los castigue. Se comportan así porque pueden. Y como explica Sara Sefchovich, la consecuencia de esta forma de funcionar es el desinterés y la desesperanza. En México, frente a élites intocables hay ciudadanos tolerantes. Ciudadanos resignados. Ciudadanos cómplices. Ciudadanos que ven que los políticos toman lo que no es suyo y deciden hacerlo también. Ciudadanos que contemplan la conducta de la clase política y deciden emularla. Ciudadanos que se resignan frente a los bonos sexenales, frente a la omnipresencia de la basura, frente a las tarifas de las telecomunicaciones, frente a los terrores de la telefonía celular, frente a la anarquía del aeropuerto, frente a las reformas pendientes, frente a la inseguridad. Ciudadanos que deberían ser menos tolerantes pero no saben cómo; que deberían organizarse pero no saben para qué; que deberían exigir más pero no saben a quién.

Ojalá que el libro imprescindible de Sara Sefchovich se convirtiera en una llamada de atención; en un recordatorio doloroso de que México cambia pero muy lentamente debido a la complicidad de sus habitantes. Todos aquellos que creen en la premisa: “así es México”. Todos los que parten de la inevitabilidad, de la conformidad. Ya lo decía Octavio Paz: “Y si no somos todos estoicos e impasibles —como Juárez y Cuauhtémoc— al menos procuramos ser resignados, pacientes y sufridos. La resignación es una de nuestras virtudes populares. Más que el brillo de nuestras victorias nos conmueve nuestra entereza ante la adversidad”.

Allí está nuestro conformismo con la corrupción cuando es compartida. Nuestra paciencia frente a un país que sólo le da ocho años de educación promedio a su población. Nuestra tolerancia frente a la distancia entre el país que somos y el que nos imaginamos que somos. Nuestra forma de decir lo que no pensamos y a no decir lo que sí pensamos. Como escribe Sara, “nuestros poderosos no podrían mentir si no fuera un código y una práctica socialmente compartida, socialmente aceptada y firmemente establecida”.

El problema es que los ciudadanos con-

formistas engendran políticos mediocres. Los ciudadanos con bajas expectativas producen gobiernos que los reflejan. Los ciudadanos que aceptan las mentiras perpetúan su supervivencia. En México es más fácil jugar con las reglas existentes que exigir nuevas. Es más cómodo seguir las costumbres que confrontarlas. Es más rentable la conformidad cortés que la indignación permanente. Es más aceptable tolerar las grandes omisiones y negociar las pequeñas sumisiones. Pero esa complacencia permite que el país siga mintiéndose a sí mismo.

La conformidad es el juego seguro de quienes no quieren perder los privilegios que gozan, los puestos que ocupan, las posiciones que cuidan. La conformidad es la cobija confortable de los que no mueven un dedo debajo de ella. Es el lujo de los que rentan el carro pero no se sienten dueños de él. Y durante demasiado tiempo, México ha sido un país rentado para sus habitantes. Ha pertenecido a sus líderes religiosos y a sus tlatoanis tribales y a sus colonizadores y a sus liberales y a sus conservadores y a sus dictadores y a sus priistas y a sus presidentes imperiales y a su *intelligentsia* y a sus partidos y a sus élites. No ha pertenecido a sus ciudadanos. Por eso pocos lo cuidan. Pocos lo sacuden. Pocos lo aspiran. Pocos lo lavan. Pocos lo enceran. Pocos piensan que es suyo. Pocos lo tratan como si lo fuera. Porque como dice Larry Summers, el ex presidente de la Universidad de Harvard, nadie nunca ha lavado un carro rentado.

México sólo será un país mejor cuando sus habitantes dejen de pensar en términos relativos y empiecen a exigir en términos absolutos. Cuando se conviertan en profetas armados con una visión de lo que podría ser. Cuando empuñen lo que Martin Luther King llamó “coraje moral”. Cuando vociferen que los bonos sexenales y la rapacidad de los sindicatos y la educación atorada y el desempleo constante y la desigualdad lacerante y las mentiras diseminadas día tras día son realidades que ningún mexicano está dispuesto a aceptar.

Porque si nadie alza la barra, el país seguirá viviendo —aplastado— debajo de ella. Porque si nadie exige que las cosas cambien, nunca lo harán. Sara Sefchovich nos ayuda

a ello insistiendo en llamar a las cosas por su nombre. Descubriendo la verdad aunque haya tantos empeñados en esconderla. Diciéndole a los corruptos que lo han sido; diciéndole a los mentirosos que deberían dejar de serlo; diciéndole a quienes han gobernado mal a México que no tienen derecho a seguir haciéndolo. Yo creo que a pesar de la frustración que permea cada página de este libro, cumple con una tarea fundamental: la obligación ciudadana de vivir en la indignación permanente: criticando, denunciando, proponiendo, sacudiendo. Porque los buenos gobiernos se construyen a base de buenos ciudadanos y sólo los inconformes —como Sara Sefchovich— lo son.

Yo creo que mientras existan personas así —comprometidas, encendidas, preocupadas— el contagio de la honestidad continuará, poco a poco, y a empujones como todo lo que vale la pena. Los mexicanos aprenderán que es más importante ser demócrata que ser perredista, ser demócrata que ser panista. El monólogo de los líderes se convertirá en el coro de la población. La exasperación de los ciudadanos construirá cercos en torno a los políticos. Yo creo que un día —no tan lejano, quizás— habrá un diputado que suba a la tribuna y exija algo a nombre de la gente que lo ha elegido. En lugar de mirar con quién se codea en el poder, mirará a quienes lo llevan allí. En lugar de mentir, se verá obligado por nosotros a decir la verdad. Y México será otro país, otro.

Pero ese destino deseable dependerá de quienes han —hemos— permitido que sea como es hoy. Dependerá de nuestra capacidad de mirar a México con mayor honestidad y ver el país en el cual vivimos en los albores de su Bicentenario. Un lugar rico con muchos pobres. Un lugar con más multimillonarios que Suiza, según la lista más reciente de la revista *Forbes*, que alberga, a la vez, a diecisiete millones de personas que viven con menos de veinte pesos al día. Donde gran parte de las fortunas han sido acumuladas en sectores con poca o ninguna competencia y protegidos por el gobierno. Donde según un estudio reciente de la UN